



El inmortal libro cervantino suele entenderse comúnmente referido al ingenioso y seco hidalgo o al rechoncho y cachazudo escudero. Acaso también al bachiller, al barbero, al cura, al ama, a la sobrina, a Dulcinea, a los cabreros y a los duques. Pero nunca, o rara vez, a los niños. Y, sin embargo, en el "Quijote" hay niños en plenitud de vida espiritual.

Debió Miguel de Cervantes, como hombre de fina sensibilidad, amar mucho a los niños, y, sobre todo, a los de las aldeas y lugares humildes de la patria, cuando con tanto acierto los incorpora a su libro más bello. Nosotros, por nuestra parte, no podíamos concebir a Miguel de Cervantes sin este dulce afecto, porque estimamos que el hombre que no siente simpatía por los niños no alcanza la madurez de su condición. El hombre que no ama a los niños es un mineral, una piedra, más que una criatura vibrante. Ni ama a sus hermanos, ni a su especie, ni a la creación, ni al Creador. El hombre que rechaza a los niños, que no habla con ellos, que no sonríe ante sus juegos, se degrada de su categoría humana. Porque los niños son las estrellas de la tierra.

El "Quijote" es un libro de idealismos y de socarronería, de elevados ensueños y de duras realidades, de ilusión y burla. Mueve a quimeras y a risa. Y mueve también a la sonrisa gracias a sus niños. Los lectores desmemoriados -¿y quién en mayor o menor cuantía no es lector así?-, al tropezar con el título de este ensayo, quizá se hayan dicho como dudosos: "¿Niños en el "Quijote"? Y sí queremos nosotros responderles: "Niños en el "Quijote", que merced a esta breve evocación vamos a devolver al recuerdo."

Las creaciones infantiles del mundo literario del "Quijote" corresponden estrictamente a dos tipos: el de los niños determinados o concretos y el de los indeterminados o anónimos, que aquí y allá prestan color y verismo poéticos a importantes pasajes de la novela. Los segundos los dibuja la pluma de Cervantes siempre que el caballero vuelve a su pueblo, finalizando una etapa de sus aventuras. Tales niños son los pregoneros de su regreso, los que alborotan con la nueva a los vecinos, los que avisan al cura o al ama, los que rodean -como antiguos amigos- al rucio y al rocín.

Los retornos del héroe cervantino son verdaderas fiestas para la chiquillería. Siempre hay chiquillos en torno de los locos de Cervantes, y estos niños manchegos que se regocijan y asombran ante la presencia de don Quijote pertenecen con ligeras diferencias al mismo clima novelesco del licenciado Vidriera. Como los de la vieja Castilla, como los que van detrás de Tomás Rodaja, son niños del más rancio abolengo español.